

Panorama de la nueva poesía colombiana

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Para el laureado poeta y divulgador eficaz de la obra de T. S. Eliot en Colombia, la visión panorámica de los poetas anteriores a "Piedra y cielo" se concentra en ocho nombres, todos con títulos suficientes para figurar en la más exigente antología suramericana. La mayoría de ellos perteneció a la nómina de "Los nuevos", cuya irrupción en nuestras letras equivalía a la aplicación de normas estéticas diferentes a las que aún prolongaban la vigencia del modernismo o del romanticismo tropical, que se había refugiado en la Gruta Simbólica o en las tertulias y publicaciones de provincia. Cruel destino este del quehacer lírico, al que la criba de la crítica y el rudo azar del tiempo reduce a menos de una decena de voces destinadas a perdurar en la memoria de la más reciente promoción letrada, urgida por una concepción diversa de la vida y del arte. Así se comprende la exclusión forzosa de poetas como Leopoldo de la Rosa, fallecido recientemente. A no ser que el *Panorama de la nueva poesía colombiana*, se refiera únicamente a los poetas vivos. Lo cual se contradice con la inclusión justísima de Tomás Vargas Osorio, Edgar Noé

Restrepo, Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus, muerto en la flor de la edad.

Fernando Arbeláez motiva así sus preferencias: "Al autor de estas líneas le parece muy nítido un cambio importante en algunas producciones del grupo que se denominó "Los nuevos", porque es lo cierto que con la aparición de *Sueñan timbres*, de Luis Vidales, en 1926, empieza a conmoverse en sus estratos más profundos la tendencia anquilosante de la literatura colombiana. Con este libro un viento joven se apodera de las palabras, y las convoca para expresar las cosas nuestras con una desacostumbrada maestría; los poetas se atreven a contrariar el gusto general, y se establecen dentro de corrientes universales de muy poderosa resonancia, las transformaciones que aparecen en los movimientos líricos de algunos países europeos son rápidamente captadas, y asimiladas a una expresión peculiar y a una diferente manera de revelar las personales experiencias. En obras lastradas de modernismo y de gusto decadente, como en las de León de Greiff, Rafael Maya, Germán Pardo García, se

de Aurelio Arturo que nos ofrece, dentro de sus ciertos límites, una breve antología sobrenaturalista de calidades resplandecientes”.

Tal es el enjuiciamiento que el más autorizado exponente de los cuadernícolas hace de la promoción de “Piedra y cielo”, que tan ancha huella dejó en nuestros anales literarios, bajo el comando poético de Eduardo Carranza y Jorge Rojas. Mas, subsiste el interrogante, que, ¿si las audacias verbales de los más recientes nadaístas y otros habrían sido factibles sin la revolución metafórica de los comuneros piedracielistas, que fueron también, a su modo, los niños terribles en las calendas de 1940? Hay que responder negativamente.

A raíz de la aceptación de los poetas que surgieron bajo el lema de Juan Ramón Jiménez, comparecemos ante la audiencia pública aquellos a quienes alguien, por salir del paso, o quizás con aviesas intenciones, bautizó con el mote arbitrario de post-piedracielistas. Como quien dice la postdata o el postcriptum de “Piedra y cielo”. Igual habría podido ser el apelativo de neo-piedracielistas. Lo cual es solamente válido en el orden cronológico, pero injusto en la valoración crítica de nuestra generación, compuesta por voces diferentes y muchas veces antagónicas, cuya única coincidencia podría ser el afán de expresarnos de un modo distinto a nuestros antecesores literarios. Claro está que hubo algo de calco inicial, a la manera de Carranza, por ejemplo, mas esos nombres, de los imitadores, que fueron aceptados con beneficio de inventario, ya no cuentan en el escrutinio final. Otros desertaron al periodismo, a la diplomacia, a la

cátedra, a las duras contingencias de la lucha por la vida y la muerte.

Anota Arbeláez, en el interesante prólogo de su *Panorama de la nueva poesía colombiana*: “Inmediatamente después de “Piedra y cielo”, nos encontramos con un grupo de poetas formados por Jaime Ibáñez, Andrés Holguín, Meira del Mar, Helcias Martán Góngora, Eduardo Mendoza Varela, quienes en cierta forma continúan las tendencias del movimiento anterior, aun cuando en algunos de ellos encontramos una apertura hacia la más nueva poesía colombiana, especialmente en la meditativa y fina voz de Mendoza Varela. Al mismo tiempo, aparece un libro juguetón y experimental, *Guitarras que suenan al revés*, de Vidal Echevarrya, que fue un llamado hacia las posibilidades planteadas por la poesía sobrerrealista y que sirvió para polemizar en sobre las teorías literarias más avanzadas del momento”. Sin ánimo de discusión, se debe señalar que es más evidente la huella de Aurelio Arturo y Camacho Ramírez, en los novísimos poetas, a no ser que estos bebieran en las primeras fuentes de Aleixandre, Neruda o Eliot.

Además del polifacético Jaime Ibáñez, inclinado sobre sus *Odilos innominados*; del suave panteísmo de Andrés Holguín, vertido en *Savia*; de Meira del Mar, salvada en su *Secreta isla*; de la contención verbal y el equilibrio metafórico de Eduardo Mendoza Varela; de Vidal Echevarrya, inquieto sucesor de *Suenan timbres* —de Luis Vidales— están en la visión panorámica de Arbeláez, Edgar Poe Restrepo, el ausente *Caballero de la mano al pecho*; Guillermo Payán Archer, con el arpa elegíaca de los sonetos en *Mucho que sufre*;

Fernando Charry Lara y su nocturna voz de amplia influencia en los poetas más recientes sobre los cuales ejerce un incontrovertible magisterio estético el ponderado autor de *Los adioses*. Cierra la cita vital con nuestro tiempo humano, la cifra teologal de Luis Enrique Sendoya, levantado sobre *La soledad guerrera*, cuya invocación a la primavera, transcribe devotamente:

“Que sea de luz y nácar el amplio
firmamento
en que las mariposas con las manos
del viento
dibujen en colores las hondas
lejanías.
Y que bajo el amaro de la estrella
más pura
el arpa de los sueños levante su
dulzura
antes que la tristeza nos divida los
días”.

Eludo el registro de omisiones, por razones obvias, aunque como en el rondel testimonial del viejo Leo, *Yo lo sé, más no lo digo*. De quien esto escribe también se incluyen poemas que abarcan hasta *Nuevo laberinto*, publicado en 1956. Después aparecieron *Memoria de la infancia*, *Encadenado a las palabras*, *Siesta del ruiseñor*, *La rosa de papel* y *Los pasos en la sombra*. Al agradecer mi participación en esta invisible asamblea de bardos, vates, aedos y poetisas, deploro la mutilación de los versos últimos de mi poema *Medusa*, de la cual corro traslado al corrector de pruebas, al armador de la Imprenta Nacional o a la inefable mecanógrafa. Los reproduzco a manera de imposible y tardía fe de errata:

Quise de niño ser un río,
yo que nací como los mares!

Solo tres mujeres figuran en el *Panorama de la nueva poesía colombiana*, que apareció en noviembre del año pasado bajo los generosos auspicios del Ministerio de Educación Nacional. Solo tres poetisas, o tres mujeres poetas, como prefieren algunas, se asoman a las páginas escogidas por el poeta Fernando Arbeláez, quien no hace alusión especial alguna en su introducción, en torno a ellas, quizás porque se considere que la poesía carece de sexo. El comentarista deberá establecer tal diferencia, si quiere destacar la significación de la trilogía seleccionada ante la ausencia de nombres familiares al lector colombiano.

Si hay algún predio fértil y abonado en nuestras letras, este de las poetisas, cuya primavera no cesa, desde la eclosión mística de la venerable Madre del Castillo, hasta la insurrección estrófica de las adolescentes nadaístas. Razón por la cual es muy peligroso intentar el catálogo de las omisiones, por el temor fácil de incurrir en la misma falta. Además, el poeta Arbeláez, según parece, en ningún momento se propuso hacer el censo de la población poética-femenina de Colombia, para lo cual habría tenido que asesorarse del nunca ponderado Carlos López Narváez y solicitar los servicios de computadores electrónicos.

Hay que registrar sí, el acierto en la escogencia de nombres que, como el de Meira del Mar (Olga Chams) han superado la frontera del idioma, y cuya poesía revestida con la túnica italiana, en admirable traducción de Mario Vitale, publicada en Roma (1962) conserva la misma belleza que en su desnudo original castellano. Poesía de siempre, la de Meira del Mar, he-

cha a imagen y semejanza de su nativo océano, como acontece en su *Canción gozosa*:

*“El mar camina con las manos
llenas de nubes y veleros,
y abre su libro de paisajes
en las orillas de los puertos”.*

La de Emilia Ayarza de Herrera es una poesía cruzada por relámpagos. No es música de cámara ni el preludio de la canción de cuna. Es el concierto al aire libre. De Emilia se incluyen los fragmentos de su descarnado *Testamento*, donde escribe con el pulso colérico de Anarkos:

*“¡La frase, mi Pueblo! conquie los
políticos
diseñan sus campañas en la
sombra
como se esboza un minotauro en la
penumbra.
Una perra nos dice qué es el
hambre
cuando toma de los hornos
crematorios su mensaje
y por los innumerables pezones lo
transmite
tan dulcemente a su postrer
cachorro”.*

Otra es la atmósfera lírica de Olga Mattei de Arosemena. A la joven animadora de La Tertulia de Medellín, pertenece el *Largo placer de amarte*, en el cual hay palabras nuevas pero llenas de antigua savia amorosa:

*“Sobre los muros te proyecto,
sombra de tu nada
vaga memoria en movimiento.
Largo placer continuo.
Mudo diálogo interno.
Largo placer amarga mi renuncia.*

*Muerte viva en tu espejo.
Les diría con gritos
cómo estaba tu frente
bajo la mía cerrada”.*

Quizás fue un humorista quien llamó, por primera vez, cuadernícolas al grupo que comenzó a salir a escena a partir de 1950. Se refería al formato de las primeras obras, sin mayores preocupaciones editoriales. Hoy el elenco ha crecido en edad y en volumen, tal como puede deducirse de la atenta lectura del *Panorama de la nueva poesía colombiana*, el libro de Fernando Arbeláez. De 535 páginas del texto, incluyendo el prólogo, algo más de 350 están consagradas a los cuadernícolas y nadaístas. Es muy justificable esta predilección del autor por su propia obra y la de sus compañeros de generación, acreedora a una mayor divulgación que facilite el análisis y la consiguiente valoración de nombres que, como el de Arbeláez, ya tienen ganado un sólido prestigio.

Además, porque como lo expresa el codificador de la antología, su meta primordial está “No en demostrar que lo que hemos hecho es mejor o está por encima del respetable trabajo de otros poetas colombianos; lo que simplemente me interesa mostrar es que la literatura evoluciona, cambia, se hace histórica, entendiéndolo por esto, que posee un dinamismo de avance, y que dentro de este movimiento, lo importante no está solo en la variación de algunas disciplinas expresivas, o en que los poetas nos acostumbren a nuevas e insólitas elipses, sino en los diferentes campos de significado que nos propone su creación. Dentro de tal criterio, en este panorama tendrán una ma-

yor amplitud los poetas más recientes, porque su trabajo es menos familiar a nuestro público, pero principalmente porque en ellos la imagen mitificante del mundo contemporáneo está unida a la necesidad de concertar todo lo propio con problemas universales, porque en su obra prevalece lo real sobre lo imaginario; porque su frecuente tono irónico, o su búsqueda de un lenguaje coloquial, recubre un proceso fenomenológico, en el tratamiento y en el desarrollo de grandes categorías, y de ciertos despliegues analíticos del sentimiento". Es claro que si he dado la mayor amplitud a la transcripción anterior, es porque la cita es definitoria de la actitud de los nuevos poetas colombianos ante el arte y la vida. Tanto más alejados del histrionismo y la improvisación, cuanto impone una mayor vigilia y un mejor acervo cultural idiomático, que debe traducirse en fórmulas estilísticas originales, aun a trueque de la claridad y en detrimento de una popularidad transitoria.

Así resulta fácil agrupar ahora, como antes en torno a la extinguida revista *Mito*, a Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus, de tan feliz recordación a Fernando Arbeláez, Héctor Rojas Herazo,

Jaime Tello, Alvaro Mutis, Rogelio Echavarría, Félix Turbay, Mario Rivero, Alberto Hoyos Gómez y José Pubén con sus esquemáticos "mitos cerebrales". Aunque aludo a los poetas incluso en el libro de Arbeláez, resulta problemática la ubicación tribal de otros poetas como Paulo E. Forero, Jorge Santander Arias, Javier Arias Ramírez, Carlos Castro Saavedra y Alejandro Obregón, el maestro pintor que ahora se muestra como cabal poeta en *El pez volador*, que

"Cinceló el lomo antiguo de los
montes
en las escamas del lebranche
y una muela de toyo
le sirvió para armar la
cordillera".

A pesar que la representación nadaísta se circunscribió X 504 (Jaime Jaramillo), J. Mario (Arbeláez) y Eduardo Escobar, a juicio de Hernando Téllez, escrito con motivo de la antología de Fernando Arbeláez, "la única verdadera novedad en la poesía colombiana fue la nota original e inconfundible que un poeta, con un solo poema —Silva, el primer *Nocturno*— aportó en un momento dado a la poesía en idioma español". Menos mal que Góngora y Rubén Darío, no están solos.